

FIESTA DE NTRA. SRA. DE LA FUENSANTA
Natividad de la Santísima Virgen
Córdoba, 8,IX,2005

1. La Palabra de Dios que acabamos de proclamar en la solemnidad de la Natividad de la Santísima Virgen, que coincide con la festividad de Nra. Sra. de la Fuensanta, patrona de Córdoba, nos muestra a María como la estrella que anuncia el nuevo día, como la aurora que precede al sol que no conoce ocaso, como la madre del Salvador. Su nacimiento es el anticipo de la encarnación y nacimiento del Hijo de Dios precisamente en la ciudad de Belén de la que nos ha hablado el profeta Miqueas en la primera lectura.

La celebración del cumpleaños de la madre es un acontecimiento gozoso que reúne a los hijos en torno a ella para felicitarla, honrarla y estrechar y fortalecer los vínculos de fraternidad. La fecha del nacimiento de nuestra madre es un día de alegría para sus hijos. En esa fecha reconocemos nuestro origen, la explicación de nuestra existencia, el punto de partida de nuestra historia personal. En la Natividad de María está el origen de nuestra vocación cristiana, de nuestra elección y filiación adoptiva, como nos sugiere la liturgia de esta solemnidad. El nacimiento de María hace posible los nuevos tiempos que los profetas anunciaron y dibuja ya en lontananza la etapa fundamental de la Historia de la Salvación, que inaugurará la encarnación de su Hijo. Su nacimiento, por fin, anuncia el tiempo de la Iglesia, de la que nos sabemos miembros y de la que ella es el miembro más excelso, por ser la primera redimida.

2. En esta mañana felicitemos a María. Vivamos con gozo la fiesta de su cumpleaños y demos gracias al Señor que nos ha dado a su propia madre como madre nuestra. Que en este día estrechemos nuestros vínculos de fraternidad y renovemos el compromiso de amor y de servicio a nuestros hermanos, que nace de nuestra común condición de hijos de Dios e hijos de la Virgen. Que en esta fiesta profundicemos en la genuina devoción mariana, que si es auténtica nos debe llevar a Cristo, su Hijo, y a caminar por las sendas de la santidad.

3. En esta mañana, en la que tantos motivos tenemos para el gozo espiritual, yo os propongo, queridos hermanos y hermanas, otro motivo de gozo y alegría: la celebración hace tres semanas de las XX Jornadas Mundiales de la Juventud en Colonia, convocadas por el Santo Padre Juan Pablo II y presididas por el Papa Benedicto XVI. A ellas asistimos cerca de 800 Obispos, más de 6.000 sacerdotes y cerca de millón y medio de jóvenes de 160 países.

De nuestra diócesis de Córdoba, que tiene ya una larga tradición de peregrinaciones juveniles, sacrificando parte de las vacaciones y haciendo en muchos casos un gran sacrificio económico, participaron en torno a un millar de jóvenes, 300 de ellos dirigidos y acompañados por la Delegación Diocesana de Pastoral de Juventud. Todos ellos, como otros muchos grupos de todo el mundo, siguieron un itinerario espiritual previamente fijado, con momentos de formación, de silencio y oración, y también de alegría y convivencia juvenil. Fue un itinerario duro, que exigía esfuerzo y espíritu de penitencia. Fue, en definitiva, un camino de conversión a la búsqueda, como los Reyes Magos, cuyas reliquias se guardan en la catedral de Colonia, del encuentro personal con el Señor a partir del lema propuesto por Juan Pablo II: *"Hemos venido a adorarlo"*.

La juventud que acudió a Colonia no seguía a ningún ídolo del *rock*, ni a ninguno de los mitos efímeros que hoy se presentan a los jóvenes como modelos. En la explanada de Marienfeld no existía el señuelo del alcohol, de las drogas o de la libertad sin barreras. Allí se reunió una legión de jóvenes alegres, pacíficos y respetuosos, como ha reconocido con admiración la policía alemana. En la explanada de Marienfeld se reunió una legión de jóvenes de mirada limpia, unidos por los vínculos invisibles de la fraternidad que nace de la fe, aunque hablaran las más diversas lenguas.

4. Personalmente considero una gracia de Dios, haber tenido la oportunidad de acompañar en varias ocasiones a los jóvenes cordobeses y de haber sido testigo de su encuentro con el Santo Padre. Al comunicaros mis impresiones personales, os invito, queridos hermanos y hermanas, a dar gracias a Dios y a la Santísima Virgen, que estuvo muy presente en este acontecimiento, del que cabe esperar los mayores frutos espirituales para la Iglesia.

Yo estoy seguro de que las Jornadas de Colonia han servido a miles y miles de jóvenes de todo el mundo para descubrir a Jesucristo, camino, verdad y vida de los hombres, y fuente de sentido para nuestras vidas, para reencontrarlo en los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, para descubrirlo en los hermanos y en la Iglesia, para robustecer su adhesión al Señor y para dar testimonio de Él en el mundo, como miembros activos y responsables de la Iglesia, como pedía el Papa a los jóvenes en la homilía de la vigilia.

A nuestra llegada al aeropuerto de Barajas en la noche del domingo 21, tuve una breve conversación con un joven periodista español, que retornaba con nosotros. Sus impresiones podrían resumirse en estas dos frases: *Colonia ha sido una gracia inconmensurable para nuestra juventud, del que se cabe esperar la consolidación de una pastoral juvenil nueva y vigorosa. Colonia nos ha demostrado que no somos cuatro iluminados, que somos muchos los que*

amamos a Jesucristo, a la Iglesia y al Papa y que nuestro potencial puede ser formidable a la hora de anunciar a Jesucristo y de construir la nueva civilización del amor.

Yo comparto, queridos hermanos y hermanas, estas impresiones tan llenas de esperanza. En Colonia ha estado muy presente el Espíritu Santo, que todo lo recrea, que todo lo renueva y dinamiza. Detrás del millón y medio de jóvenes que pudieron acudir a las Jornadas, que soportaron con alegría las largas caminatas, el barro, el frío, la humedad de Marienfeld y los fallos de la organización alemana, hay millares de jóvenes dispuestos a seguir a Jesucristo en la Iglesia, en estrecha comunión con sus pastores y con los creyentes del mundo entero, comprometidos en las causas más nobles del hombre y del Evangelio. De ahí la alegría que yo he percibido en el rostro de muchos Obispos: el encuentro de los jóvenes con el Papa ha sido para ellos una meta a la que se llega después de una larga travesía del desierto, llena de esfuerzos y de sacrificios y el punto de partida de una nueva andadura en la pastoral juvenil de sus diócesis.

5. Yo sé que en Córdoba en los últimos años se ha recorrido este camino en el trabajo pastoral con la juventud, una pastoral de juventud seria y enraizada en el Evangelio, que tiene a Jesucristo como centro. Pero no nos podemos engañar ni caer en el triunfalismo. Es evidente que hay otra juventud, desencantada, desesperanzada, con un gran vacío interior, que se conforma con una visión del hombre y de la vida exclusivamente materialista, víctima de la falta de trabajo, de la desestructuración familiar, falta del calor de un hogar, y en ocasiones, atrapada en las redes de la droga. Yo animo a los sacerdotes y a los jóvenes militantes de nuestros grupos y movimientos a no contentarse con cultivar a *los de casa*, les animo a salir al encuentro de estos jóvenes para descubrirles que Jesucristo es el camino que verdaderamente libera.

6. Este sector de la juventud nos interpela también a los adultos, que muchas veces, con ciertas dosis de hipocresía, nos rasgamos las vestiduras ante su estilo de vida. Hoy es como un signo de los tiempos la preocupación por la ecología y la contaminación ambiental. Existe, sin embargo, otra contaminación de carácter moral de la que no se habla, de la que los niños y jóvenes no son los primeros responsables y sí las primeras víctimas. La responsabilidad en este caso es de los adultos, en cuyas manos están los medios de comunicación social, que difunden modelos de comportamiento muy alejados de los auténticos valores, en cuyas manos están también los grandes negocios de las drogas y los lugares de diversión de las largas noches de los fines de semana, causa de sufrimiento para tantas familias. No es responsabilidad de los jóvenes el paro que les afecta y que les priva de ejercer el derecho al trabajo. Es, por fin, responsabilidad de los adultos la falta de formación de amplios sectores de la juventud, porque muchos padres han dimitido del sagrado derecho e irrenunciable deber de ser los primeros

educadores de sus hijos.

La Santísima Virgen de la Fuensanta nos invita a todos en este día de su fiesta a luchar contra la contaminación moral y a trabajar de manera efectiva en la formación de los jóvenes. Mi palabra va dirigida a los educadores y, sobre todo, a los padres, a quienes invito a asumir con gozo y compromiso su responsabilidad. En este comienzo de curso les invito a inscribir a sus hijos en la clase de religión. Les ayudará, sin duda, a conocer al Señor, a vivir con intensidad su vida cristiana, a adquirir sólidos principios morales, a ser hombres y mujeres cabales, respetuosos con los demás y abiertos a la solidaridad y a la colaboración. Les ayudará incluso a acrecentar su cultura, pues adquirirán muchas claves para interpretar nuestra historia y nuestras manifestaciones artísticas, que no se pueden comprender sin una referencia explícita al cristianismo.

7. Mi palabra se dirige también a los sacerdotes. Sé muy bien que el trabajo con los jóvenes es duro y difícil en el ambiente que nos rodea, pero nunca es una siembra estéril, pues antes o después da fruto. Una parroquia sin jóvenes es una parroquia triste y sin esperanza. Por ello, en los inicios del nuevo curso pastoral, animo a todos los hermanos sacerdotes a crear en todas las parroquias, con la ayuda de laicos verdaderamente comprometidos, grupos juveniles parroquiales, que propicien, como nos señala nuestro Plan Diocesano de Pastoral, la formación de los jóvenes, el encuentro personal de los jóvenes con Jesucristo, su inserción en la Iglesia como militantes cristianos y apóstoles.

En esta Eucaristía en la que honramos a Ntra. Sra. de la Fuensanta, patrona y reina de Córdoba, encomiendo especialmente al Señor por intercesión de la Virgen el bienestar material y el progreso espiritual de todos los hijos e hijas de esta ciudad, el servicio pastoral de sus sacerdotes y el servicio al bien común de sus autoridades. Encomiendo de modo especial a la Virgen de la Fuensanta a la juventud de la ciudad y de toda la Diócesis: que los niños y los jóvenes, gracias al trabajo de los sacerdotes, de los consagrados y de los laicos comprometidos, encuentren en Cristo el sentido más profundo de sus vidas. Que ella nos lo alcance del Señor con su poderosa intercesión. Así sea.

+ Juan José Asenjo Pelegrina
Obispo de Córdoba